

TRIQUITRAQUE

SAN JOSE, COSTA RICA, SETIEMBRE DE 1944

Dirección: CARLOS LUIS SAENZ

Administración: LUISA DE GONZALEZ

Resultado del Concurso de Iluminar del "Triquitraque" No. 65

SAN JOSE: Gloria Díaz, Antonio Sanabria, Elida Herrera, Elías Chinchilla, Elsa Barrantes, Rafael Loria S., Hugo Vital M., Leticia Mora, Walter Pérez G., Flora Valverde, Ma. del Carmen Rodríguez, Ma. Isabel Fonseca, Teresa Delgado, Virginia Solano, Fernando Castro, Alvaro Calderón M.

ALAJUELA: Belén Torres, Mario Vargas G., Eida Castro L., Juan Murillo, Emérita Castro, Myriam Fonseca, Asdrúbal Zamora, Mary Jiménez, Arcadio Vargas, Marta Fallas P., Jorge Enrique Montero, Vera Vargas R., Orlando Alfaro, Teresa Vargas R., Reinaldo Ballesteros.

GUANACASTE: Hilda Medina R., Ivonne Kelso, Leonel Centeno, Teodomiro Cebalcala, Sergio Murillo, Virginia Briño.

LIMON: Margarita Loria, Norma Aguilar, Elena Grant, Phillip Miller.

CARTAGO: German Martínez, Teresa Guzmán, Ernesto Solano A., Zoila Rosa Ramírez, Francisco Pérez C., Melitina Zúñiga, Fernando González, Virginia Ferrero M., Myriam Rodríguez, Lydiette Carvajal L., Javier Acuña L., Luis Gmo. Rodríguez S.

PUNTARENAS: Daisy Alvarado, Luz Ma. Rodríguez, Paulina Reyes Z., Vithinia Aguilar, Bernardo Zúñiga, Concepción Jiménez, Cecilia Herrera, Virginia Wong, Juan Bta. Quirós, Jorge Ortega.

HEREDIA: Eddie García, Miguel Campos, Dora Vindas V., Helí González S., Margarita Castro, Rodrigo Amador, Argentina Rogers, Jorge Fonseca V., Miguel A. Alfaro, Angela Cruz, Rodrigo Salas A., Clara Víquez.

Resultado del Concurso del Crucigrama de la Revista No. 65

SAN JOSE: Leticia Lobo, Estrella Segura, José J. Salas V., Jorge Mora M., Sonia Salazar M.

ALAJUELA: Mario Chaves, Beatriz Blanco, Sergio Rojas, Aurora Jiménez, Federico Trejos B.

CARTAGO: Marcial Jiménez, Carmen Chaverri.

HEREDIA: Edmundo Hernández, Emilce Alfaro.

PUNTARENAS: Norma Alvarez, Edwin Chan, Hilma Herrera, Jorge Barboza.

LIMON: Horacio Tases Ch.

GUANACASTE: Flory García.

"Triquitraque" es recibido con entusiasmo por niños y maestros de todo el país

Esparta, 18 de agosto de 1944.

Sra. doña Luisa de González,
San José.

Estimada señora:

La escribo para saludarla, aunque no tengo el gusto de conocerla, pero quiero felicitarla por su colaboración en esta revista infantil; también a don Carlos Luis Sáenz por los bonitos pensamientos que a los niños nos distrae mucho. Como estoy en sexto grado, paso las horas enteras leyendo las lecturas que en sus páginas vienen. Una ilustración que me gustó mucho, fué la del río Tempisque, con su lectura correspondiente.

La abraza su amiga que desea conocerla,

Ester Casal Morgan

Ilumine la carátula en lindos colores. Se rifarán 75 premios entre los niños que la manden iluminada al apartado 758 antes del 1º de octubre.

Nombre

Lugar

Escuela

Se compran ejemplares de

TRIQUITRAQUE No 61 a © 0.20 c/u.

Homenaje a don Clodomiro Picado

Sabio costarricense

DURANTE la Semana Cívica, los niños de Costa Rica oyen el elogio de muchas de las cosas buenas que tiene el país: sus leyes democráticas, sus campos cultivados, sus nacientes industrias, su red de caminos y de carreteras, sus escuelas, sus grandes hombres.

Pensándolo bien, lo más importante para un pueblo son sus hombres. Sus hombres sanos, trabajadores, honrados, progresistas, estudiosos, sabios. Todo lo demás vendrá por añadidura, pues que los hombres son los creadores, los fomentadores y los mantenedores de la cultura y de los pueblos.

Clorito Picado, fue uno de esos hombres creadores de cultura y de progreso.

Clorito era un sabio, un verdadero sabio; sencillo, generoso, lleno de curiosidad, infatigable en el trabajo, amante de su pueblo, y deseoso de ayudarlo y de servirle.

Desde muy joven, se interesó por el estudio y la investigación. Cuando era estudiante de cuarto y quinto año en el Liceo de Costa Rica, enseñaba Ciencias Naturales en los primeros y segundos años del mismo colegio.

Entró, después, a la Escuela de Farmacia, y tenía que trabajar como tendero para ayudarse a vivir y pagar sus estudios.

Viendo los profesores que aquel muchacho poseía capacidades extraordinarias, pidieron al Congreso, se le diera una beca para estudiar Ciencias Biológicas en la Sorbona, que es la más famosa universidad de Francia.

El Congreso le otorgó la beca, y Clorito pudo ir a estudiar lo que tanto deseaba. En la Universidad ganó varios premios y Mención Honorífica por algunos de sus trabajos.

Volvió a Costa Rica con muchos conocimientos, pero eran aún mayores su interés y su curiosidad por los problemas de nuestra pequeña tierra.



Volvió sin humos, egoísmos, ni presunción, deseoso de trabajar y de servir a los demás.

Miró con gran amor al campesino costarricense, que trabaja y vive, muchas veces, en condiciones miserables; y dedicó su ciencia a mejorar hasta donde le fue posible, su dura y penosa existencia.

Por eso luchó contra el paludismo, terrible azote del trabajador de las regiones bajas del país. Siguiendo la pista del zancudo anóphees trasmisor de la cruel enfermedad, encontró que no es necesario que haya pantanos, para que éste se propague, porque los zancudos acostumbran poner sus huevos en los charquitos dejados por las lluvias, en las flores de esas lindas piñuelas rojas, que ponen su nota de color entre el musgo de los portales, en Noche Buena, y que crecen por centenares, sobre los árboles de nuestros bosques. Buscó también medicamentos más baratos para combatir este mal, y encontró una sustancia, la cedrina, que sacó de las flores de un arbusto de nuestras costas llamado cedrón, y que puede utilizarse contra el paludismo, con resultados tan buenos como los de la quinina y la atebrina, siendo mucho menor su costo.

Dedicó muchos años de estudio y trabajo a las serpientes venenosas de Costa Rica, y luchó hasta triunfar, para lograr que nuestros peones puedan tener sueros adecuados y siempre a su alcance, cuando por desgracia sufren la mordedura de uno de estos reptiles.

Investigó y trabajó para encontrar alivio y remedio contra la tuberculosis, otra de las enfermedades que diezman a nuestra población pobre; el tratamiento encontrado por Clorito, se ha usado con mucho éxito y en muchas ocasiones, en el Hospital San Juan de Dios. Encontró también nuevos tratamientos contra la tifoidea, contra la pneumonia y otras enfermedades.

Dedicó diecisiete años de su vida, al estudio de las hormonas y de las enfermedades producidas por deficiencia glandular, como idiotez, güecho, obesidad, etc. Hizo, a este propósito, observaciones muy importantes acerca de una alimentación científica y adecuada, para nuestra población, como el uso de la sal yodada, por ejemplo, que ayudarían a combatir muchos males.

210 trabajos de investigación, muchos de ellos de primera importancia, son la rica herencia que nuestro sabio ha dejado a los jóvenes estudiosos del país.

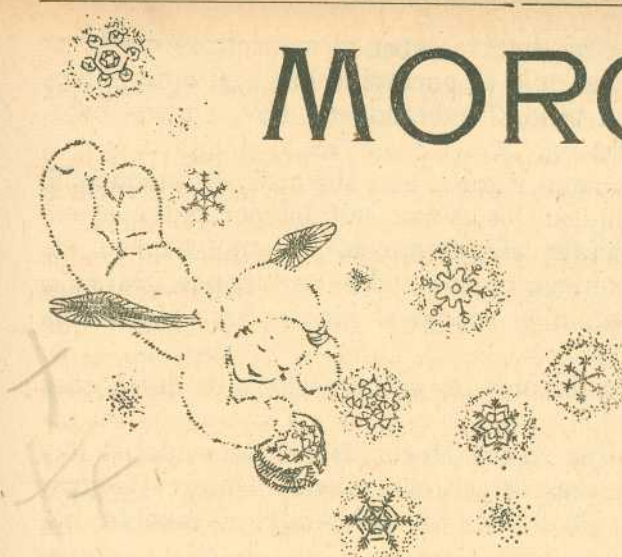
Se puede asegurar, dice uno de sus amigos, que Clorito estudió todo lo que el ambiente estrecho de una Patria chica le ofrecía: tierra, agua, flora, fauna, seres humanos, etc. Es decir, que colmó su vocación de sabio y sus aspiraciones de hombre generoso: estudiar, investigar, saber, para servir.

Más que lamentar su muerte, que para Costa Rica ha sido una pérdida enorme, debemos recoger su herencia y continuarla, imitando su vida, en la medida de nuestras posibilidades, ¡su hermosa vida, consagrada a la ciencia y al servicio del prójimo!

MOROSCO

EL REY DEL FRIO

Cuento Ruso



HABIA una vez una mala mujer, casada en segundas nupcias, con un rico labrador. La mala mujer tenía una hija del primer marido; el labrador también tenía una hija de su primera mujer. Para la mala mujer sólo su hija era un dechado de perfecciones de hermosura; por nada la regañaba, hiciera lo que hiciera. En cambio, a la pobre hijastra la traía al remolque; por más que la niña se esforzara en agradarla, sólo conseguía malas palabras y golpes en recompensa. La pobrecita no hallaba qué hacer con su madrastra gruñona: las tempestades se calman, pero los escándalos de una mala mujer no tienen fin. La madrastra encontraba en la más simple cosa, ocasión para gritarle y azotar a la niña.

A veces se empeñaba en cosas tan absurdas como que la niña se peinara los dientes, que por cierto tenía hermosísimos.

A tanto llegó el odio de la mala mujer, que un día, en pleno invierno, le dijo a su marido: "Llévatela... y que nunca la vuelva a ver... que nunca la vuelva a oír... No quiero que ni por una sola noche más comparta el tibio dormitorio de mi preciosa hija... Abandónala en el campo, en medio de la tempestad de nieve... que no otra cosa se merece por descuidada y haragana." Lo cierto es que la descuidada y haragana era la hija de la mala mujer, porque la hija del labrador hacía todos los oficios de la casa.

El labrador lloró y suplicó, pero ante la negativa de la mala mujer, que prometió abandonar la casa, si él no hacía lo que ella mandaba, no tuvo más remedio que obedecer. Puso a su hija en el trineo, sin atreverse siquiera a cobijarla con una punta de la manta que abrigaba al caballo.

Cuando estuvo bien lejos de las aldeas, en medio del campo desierto y helado, bajó a la niña del trineo y la dejó abandonada, sentadita sobre un montón de nieve. Después de santiguarse, como para pedir perdón a Dios, por el mal que estaba cometiendo, volvió a subir al trineo y a galope tendido emprendió el regreso, para no

presenciar la muerte de la niña, helada sobre el montón de nieve.

La pobrecita, al hallarse sola se encaminó hacia el bosque cercano y allí se sentó bajo un pino. Temblando de frío, en voz baja, empezó a rezar sus oraciones.

De pronto, oyó un extraño rumor: era Morozco, el duendecillo del frío, que haciendo chasquear los dedos, saltaba por entre el ramaje de un árbol vecino. Estaba alegrísimo, como que era pleno invierno y la resplandeciente nieve cubría todos los campos. De salto en salto en salto, el duendecillo se acercó al pino a cuyo pie estaba sentada la muchachita.

¡Bailando y haciendo cabriolas no quitaba sus ojos de la cara de la niña:

—Mocita, mocita, le dijo, yo soy Moroz, Nariz Colorada, el Rey del Frío del que todos los seres huyen con miedo? Quieres alegrar mi soledad, linda mocita? ¿No huirás de mí? Anda, sé amable, hálblame un poco!

—¡Buenos y santos días, alegre Moroz! Aunque sufro mucho, por lo menos no estoy sola, y tu compañía alegra mis últimos pesares.

—¿Dime, mocita, mi presencia no te enfría la sangre y los huesos?

—No Morozusco, me siento tan calentita como si estuviera junto a las doradas llamas de la estufa, dijo la muchacha, que no quería ofender a Morozco.

Entonces el duende bailó en torno a la niña con más alegría que antes, haciendo chasquear sus dedos y dando agudos silbidos.

—Mocita, dijo nuevamente, ¿no te molesta mi presencia, no tienes las orejas y los dedos fríos como la nieve?

La niña, que apenas si podía ya respirar, y que sentía el frío clavado en su cuerpo como un millón de agujas de cristal, le respondió: —No, Morozusco, no: estoy tan bien como si me calentara al sol del verano en el trisal.

—¿De veras no te estoy matando con mi presencia?, preguntó otra vez el duente.

—No, Rey del Frío, no... le contestó la niña con un hilo de voz.

Entonces Morozco, enternecido al ver que aquella criatura no había querido maltratarlo ni con una palabra, la envolvió en un espeso manto de piel de armiño y le trajo una vieja arca, de donde sacó un traje todo cubierto de plata, de oro y de piedras preciosas.

Se vistió la niña con el traje, bien abrigada bajo su manto de pieles y Morozco le cantó canciones tan hermosas, que la niña olvidó todas sus tristezas y pesares.

De pronto, se oyeron sonar a lo lejos multitud de campanitas de plata, y apareció, junto a la niña, un hermoso príncipe, vistiendo rico manto de armiño. El príncipe hizo subir a la niña a su trineo de plata y partió con ella. Moruz siguió silbando y danzando entre los pinos. Entre tanto, en la casa del labrador, la mala mujer habiendo preparado los funerales de su hijastra, le dijo a su marido:

—Anda, trae el cadáver de tu hija para que lo enterremos.

El hombre salió de la casa en busca de la niña. Pero el perrillo que estaba bajo la mesa ladró diciendo:

—¡Guau, guau! La hija del amo vestida de oro, a su lado el príncipe que ha de ser su esposo. La otra en la casa, mas no hallará novio!

—Cállate, perrillo majadero, dijo la mala mujer. Cómete este pastel pero has de decir: “Los galanes vendrán por la hija del ama; que la hija del amo ha muerto en el campo”.

El perrillo se comió los pasteles, pero volvió a ladrar:—¡Guau, guau! La hija del amo vestida de oro, a su lado el príncipe que ha de ser su esposo. La otra en la casa, mas no hallará novio.

Entonces, furiosa, la mala mujer cogió al perrillo y lo tiró en medio de las llamas de la estufa. En ese momento, se abrieron de par en par las puertas de la casa para dar entrada a la niña y a su esposo, vestidos de plata y oro y resplandecientes como el mismo sol. El labrador entró también trayendo la vieja arca llena de tesoros. El perrillo salió del fuego, se sacudió las cenizas y se puso a ladrar loco de alegría.

Al ver aquello, la madrastra le preguntó a la niña qué había sucedido, y ella le contó su encuentro con Morozco.

Marido mío, marido mío, gritó la mujer, saca el trineo y llévate a mi hija inmediatamente. La dejarás en el campo, bajo el pino.

El pobre hombre no tuvo más remedio que obedecer. Llevó la muchacha al campo y la dejó bajo el pino, a la entrada del bosque.

Entonces Moroz, Narizcolorada, se acercó y viendo a la muchacha que temblaba de frío le preguntó:

—Dime, linda mocita, mi presencia no te enfría la sangre y los huesos

—¡Vete a lá trampa, Morozco, ¿no ves que con tu molestísima visita tengo los brazos y las piernas como trozos de hielo?

Y otra vez le habló Morozco, y la muchacha sólo supo responder con groserías. Entonces el duende se disgustó tanto que bailó y bailó en torno de la niña hasta que la mató de frío.

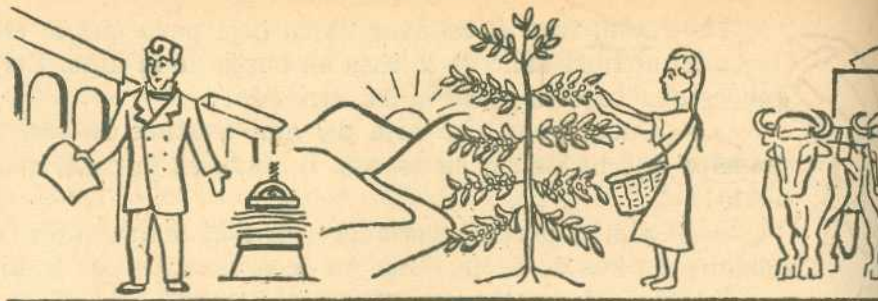
Marido mío, dijo la mala mujer, vuelve a traer a mi hija. Llévate los caballos más veloces y procura que el lodo del camino no le salpique el precioso traje.

—¡Guau, guau!, ladró el perrito diciendo: El príncipe vino por la hija del amo. A la hija del ama el frío la ha matado!

—No mientas, perrillo, dijo la mala mujer; mi hija vendrá dentro de poco, vestida de oro y plata, vestida para su boda. Un hermoso caballero será su novio.

En ese momento las puertas se abrieron violentamente, y la mala mujer se precipitó al encuentro de su hija. Pero, ¡Dios santo!, sobre el trineo sólo vió el cadáver de la muchacha, blanco como un pétalo de camelia caído sobre la nieve!

Ese fue el castigo de su maldad y de su envidia.



¡Este aire que respiramos,
es aire de libertad!
Que no puede ser cabal
el hombre donde los amos
imponen su voluntad,
mutilan el pensamiento,
y con látigo violento
cruzan las frentes altivas
hogueras de lumbres vivas
que echan sus llamas al viento.

2

Nacimos, para la historia,
del árbol americano,
del recio tronco indohispano
que abre follajes de gloria
con esplendor soberano.
Nuestros padres, en su hora,
sus frentes al cielo alzaron,
la libertad nos mostraron,
y capitán de esa aurora
fué el egregio don Juan Mora.

3

Con la libertad preciosa
vino la paz campesina:
la llanura y la colina
dieron su entraña amorosa
para la fértil rutina;
fueron esos tiempos buenos
cuando de este pueblo en paz
se dijo con santidad:
"llore una lágrima menos,
recoja una espiga más.

PAT

Romance de C

4

Y año con año, así fué
creciendo al pueblo feliz:
con el verdor del maíz,
con el sabor del café;
con su carreta y su buey
en faenas de sudores
desde el alba deslumbrante,
a los últimos fulgores
de las tardes de diamante
dormidas en los alcores.

5

Y vino la hora suprema
de la invasión y el combate!
El tambor su parche bate;
"vencer o morir" es lema
que en los corazones late.
¡Santa Rosa!... A la victoria
abre caminos de gloria
la indomable valentía;
y en Rivas deja memoria
inmortal, Santamaría.



RIA

los Luis Sáenz

6

Aquellos, nuestros abuelos,
defendieron sus derechos,
oponiéndole sus pechos
al audaz que en nuestro suelo
entró, con pendón deshecho
de pirata aventurero,
a caza de fácil presa
para su trato negrero.
¡Nunca lograra su empresa
el infame bucanero!

7

Al pie de nuestra bandera
supieron morir, de pie,
los que en el cincuenta y seis
tenían el ánima fiera*
y el coraje de vencer,
para darnos libre tierra,
patria, patria de verdad,
bandera de dignidad
y orgullo de merecer
la paz ganado en la guerra.

8

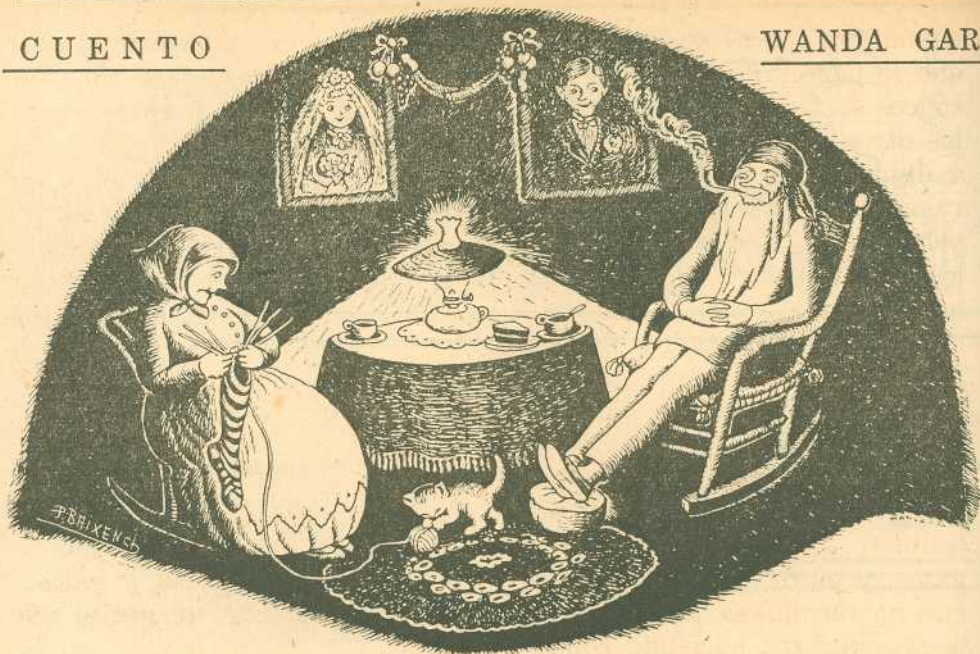
En bronce plasmó la hazaña:
y en tanto que la tea veía,
el niño viene a la escuela
y en la letra desentraña
la verdad, que nunca engaña,
la belleza que es fragancia,
el bien que es sabiduría;
y así crece cada día
desterrando la ignorancia
y aumentando su energía.

9

La Patria, si libre ha sido,
libre por siempre ha de ser!
Ese es nuestro gran deber,
y para eso hemos nacido
si somos hombres de bien!
Con un pueblo de ignorantes
la libertad no se aviene;
la libertad se mantiene
en conciencias vigilantes
de luz y ciencia anhelantes.

10

Libres seamos y hagamos
una patria de verdad,
fija nuestra voluntad
en saber lo que pensamos
y en vivirlo con lealtad,
Que en nuestra Patria podamos,
con el grito más cabal,
repetir y afirmar:
¡El aire que respiramos
es aire de Libertad!



Cien Millones de Gatos

HABIA una vez un viejecito muy viejecito y una viejecita muy viejecita, los dos viejecitos vivían en una linda casa que tenía un jardín alrededor. Pero los pobrecitos no eran felices porque estaban muy, muy solos.

“¡Si por lo menos tuviéramos un gato!” Suspiró un día la anciana.

“¿Un gato?”, preguntó el viejecito.

“Sí, un gato que haga ron-rón”, dijo la viejecita.

“Te conseguiré un gato”, dijo el viejecito.

Y se fué, camino de las peñas, a buscar el gato que deseaba la viejecita. Caminó por las colinas soleadas, caminó por los sombreados valles. Caminó y caminó, hasta que por fin llegó a una gran peña toda cubierta de gatos, porque era “La Peña de los Gatos”.

Gatos por aquí, gatos por allá,
gatos, gatitos, gatazos,
gatos por docenas, gatos por centenas,
gatos por millares;
millones, billones, trillones de gatos.

“¡Oh, qué dicha!”, exclamó alegremente el viejecito! “¡Ahora escogeré el gato más lindo de todos y me lo llevaré para casa!” Pero era muy difícil escoger entre tanto gato. Después de mucho mirar, el viejecito escogió un gatito blanco como una bola de algodón. Pero,

cuando ya iba a partir, vió otro gatito, blanco con manchas negras que le pareció tan bonito como el primero, y lo cogió también. Entonces se fijó en un gatito morisco: ¡pero si era tan precioso como los otros dos!; no había más remedio que llevarlo! ¡Ah, y cómo iba a dejar aquel gatito negro de piel tan brillante, y aquel otro de rayas amarillas que parecía un pequeño tigre?, ¿y aquel de largo pelo suave y sedoso? “No, me los llevaré, sería una lástima dejarlos”. Dijo el viejecito. Tenía un gato en cada mano, tenía gatos en los bolsillos del saco y gatos en los bolsillos del pantalón, tenía gatos en el sombrero, gatos entre las medias, y un saco lleno de gatos a la espalda! Pero, cada vez que el viejecito iba a partir, le llamaba la atención un nuevo gato, que encontraba tan bonito como los anteriores, y así sin saber a qué horas, había escogido todos los miles, y millones, y trillones de gatos, de la Peña de los Gatos.

Entonces emprendió el regreso, caminando por las colinas soleadas y por los valles sombreados, seguido de una fila de gatos, y gatos, y gatos, y gatos, y gatos y gatos, y gatos, y gatos, y gatos... que no terminaba nunca, para llevarle a su viejecita un gatito que la acompañara haciendo ron-rón.

Y el viejecito, con los centenares, y miles, y millones, y billones y trillones de gatos, llegaron al borde de una laguna. “Miau, miau, miau, maullaron los gatitos, “Miau, miau, miau, tenemos sed padrecito”. “Bebed, bebed, mis hijitos”, les contestó el viejecito.

Cada gatito bebió un trago de agua, no más que un traguito, pero la laguna quedó seca al momento.

Siguieron caminando y caminando: “Miau, miau, miau”, maullaron los gatitos, “miau, miau, miau, tenemos hambre padrecito”. “Comed, comed mis hijitos”, las contestó el viejecito, “Hay mucha hierba en las colinas, comed, comed mis hijitos!”

Y los centenares, y miles, y millones, y billones y trillones de gatitos se pusieron a comer hierba en la colina, una hojita no más cada uno, para no morir de hambre, pero la colina quedó más limpia y lisa que la calva de un viejo.

Siguieron caminando, y al mucho andar, vieron el techo de la casa de los viejecitos. Desde la puerta, la viejecita los vió venir. “¡Santo Dios!”, exclamó cuando llegaron, pero, marido mío, si sólo te pedí un gatito y ¡qué es lo que estoy viendo?

Gatos por aquí, gatos por allá,
gatos, gatitos, gatazos,
gatos por docenas, gatos por centenas,
gatos por millares;
millones, billones, trillones de gatos.

“¿Cómo vamos a mantenerlos? ¡Nos comerán a nosotros con todo y casa!”

“¡Nos comerán con todo y casa!” contestó el viejecito. ¿Cómo es que no se me había ocurrido esto? ¿Y ahora qué vamos a hacer?”

La viejecita se puso a pensar, a pensar, y al cabo de un rato dijo: "¡Ya sé lo que vamos a hacer! Dejaremos que los gatos decidan cual de todos se queda con nosotros".

"Eso es, exclamó el viejecito, que los gatos decidan!"

La viejecita llamó a los gatos y les dijo: "Misinguillos, ¿cuál de ustedes es el mejor y el más bonito, para que se quede a vivir con nosotros?"

"¡Miau, miau, soy yo!" ¡Yo soy! ¡Soy yo! ¡Yo soy! ¡Miau, miau! ¡Soy yo! ¡Yo soy! ¡Soy el mejor! ¡Soy el más lindo! No, yo, yo, yo, yo... Miau, miau, maullaban, y gritaban, y volvían a maullar, centenares, y miles, y millones, y billones y trillones de gatos, todos a un tiempo. Cada uno quería ser el mejor de todos y todos gritaban a cual más y empezaron a darse arañazos y mordiscos y golpes. Rodaban por el suelo, saltaban por los aires, en una zarabanda infernal.

Los viejecitos, aterrorizados, corrieron a meterse en la casa cerrando muy bien todas las puertas y ventanas.

La pelea seguía afuera cada vez más encarnizada. Por fin, después de un buen rato todo quedó tranquilo. El viejecito y la viejecita se asomaron a la ventana a ver qué había pasado. ¡No se veía ni un sólo gato!

"¡Creo que se han comido los unos a los otros! ¡Que barbaridad!" Dijo el viejecito.

"¡Ya no tendremos quien nos acompañe, y nos haga ron-rón!" gimió la viejecita!

"¡No, no, mira", gritó el viejecito, señalando un matón del jardín. Allí muy acurrucadito estaba un gatillo, medio muerto de miedo. Los viejecitos salieron y lo recogieron. Era un gatito flaco, con todo el pelo erizado.

"Pobre gatito", dijo la viejecita.

"Pobre misinguille!" dijo el viejecito. ¿Cómo no te comieron esos centenares, y miles, y millones, y trillones de gatos enfurecidos?

"Ah, es que como sólo soy un pobre gatillo casero, dijo el gatito, cuando usted preguntó quién era el mejor y el más bonito, yo me quedé callado, y como me quedé callado, nadie se metió conmigo!"

El gatito se quedó en la casa, acompañando a los viejecitos; todos los días la viejecita lo bañaba y lo peinaba hasta dejarle el pelo suave y brillante. Todos los días le daba su buen tazón de leche con migas. Así es que muy pronto el gatito se puso lindo y redondo como una bola de algodón.

Todos los días, después de las diarias labores, se echaba junto a la viejecita y se ponía a hacerle ron-rón. Y decía la viejecita, "En verdad que Misinguillo, no deja de ser un lindo gatito."

El más lindo de todos, decía el viejecito, y yo sé lo que me digo, porque he visto centenares, y miles, y millones, y billones y trillones de gatos, y gatillos y gatazos.

HOMENAJE A UN ESCRITOR COSTARRICENSE



Don Joaquín García Monge

MUCHOS niños y niñas conocen a don Joaquín. Creo que es uno de los hombres importantes del país más conocidos de los niños. ¿Por qué será?

La contestación a esta pregunta es muy sencilla, pero en su sencillez encierra quizá la principal lección que podemos recibir de don Joaquín.

Don Joaquín es conocido de los niños porque, a menudo, va a las escuelas.

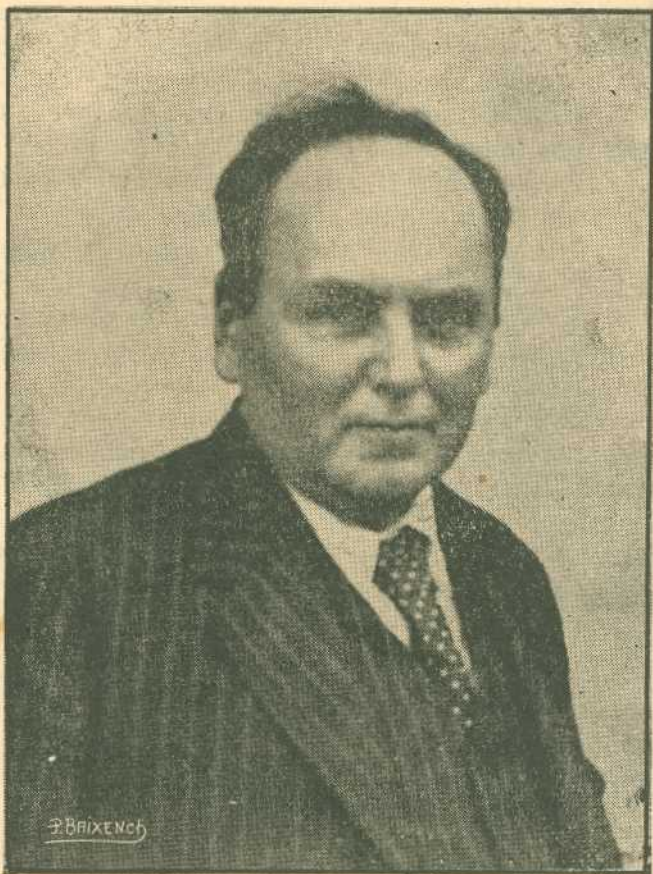
Sí, don Joaquín va a las escuelas, le gusta conversar con los niños y las niñas, los maestros lo sabemos bien.

Don Joaquín es hombre de devociones. Tiene la devoción fidelísima de los Grandes Americanos. Los Grandes Americanos del norte y del sur.

A las escuelas va a encender en los niños la llama ferviente que ha animado su vida y su labor.

Llega muy de mañanita, fiel a su herencia de sano campesino. Lleva, bajo el brazo, un cuadro que desenvuelve con amoroso cuidado. Es uno de los retratos que lo acompañan en su sala de trabajo. Uno de sus "Santos": Martí, Lincoln, Sarmiento, Bolívar, Washington, San Martín.

Los niños se sienten contentos de su visita, miran curiosos el



retrato que don Joaquín ha colocado en la pizarra, donde todos lo puedan ver.

Comienza a hablar don Joaquín, los niños escuchan en silencio, los ojos muy abiertos. Habla con voz lenta, pausada, como de abuelo. Habla con sencillez, pero dice cosas profundas y sabias. Habla a los niños, pero sin aniñamientos falsos y artificiales. Habla a los niños diciéndoles lo que ha pensado en sus horas de meditación, lo más hermoso que ha sacado de sus largas lecturas, la lección de la vida de Los Grandes.

Habla a los niños con la fuerza de su amor y de su convicción. Su voz, que comenzó con inflexión suave, con ritmo lento y pausado, se eleva, ardiente, penetrante, poderosa.

Los niños lo comprenden, se sienten conmovidos.

En algunos, la chispa encendida se transformará tal vez en cenizas, pero en otros cuajará, lenta, lentamente, en llama de amorosa devoción.

Encendiendo la llama de devoción a los Americanos Grandes, anda don Joaquín por las escuelas.

Encendiendo la llama de devoción a los Costarricenses Grandes, anda don Joaquín por las escuelas.

Devoción a la Patria Americana. Devoción a Costa Rica. Eso ha inspirado la obra y la vida de don Joaquín García Monge.

Por eso les decía al principio, que la presencia de don Joaquín en nuestras escuelas es una de las mejores lecciones de este viejo y buen maestro.

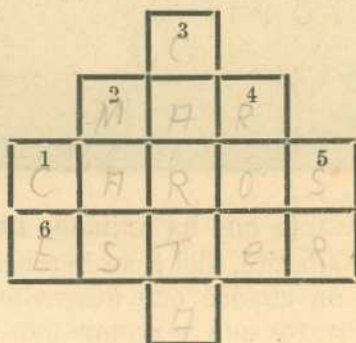
Y la otra, la otra gran lección, es la de su sencillez. Esa sencillez que le permite, siendo uno de los hombres de mayor cultura y prestigio que tiene el país, estar cómodo al lado de los niños y de los humildes y conservar sus viejas costumbres de buen campesino: levantarse temprano, caminar a pie, llevar sus paquetes, y reirse con su risa bonachona y sana.

Adela de Sáenz

Crucigrama

HORIZONTALES

- 1.—De mucho precio.
- 2.—Gran extensión de agua.
- 6.—Nombre de mujer.

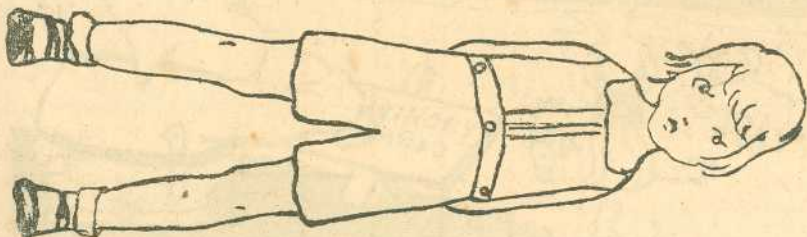
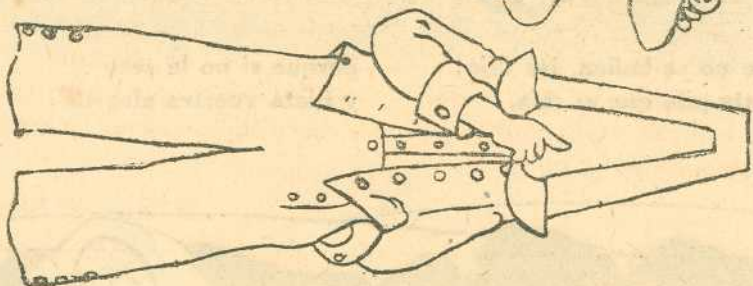
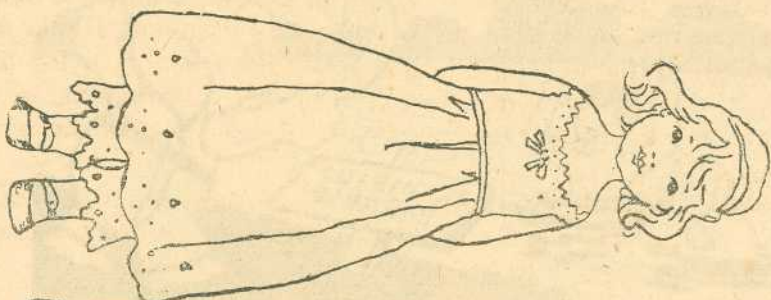


VERTICALES

- 1.—Nombre de una letra.
- 2.—Nombre del signo de suma.
- 3.—Mensaje escrito.
- 4.—Lo que hace el ratón.
- 5.—Abreviatura para escribir: Señor.

Entre los niños que descifren este crucigrama se rifarán 20 bonitos premios.

PARA PINTAR Y RECORTAR



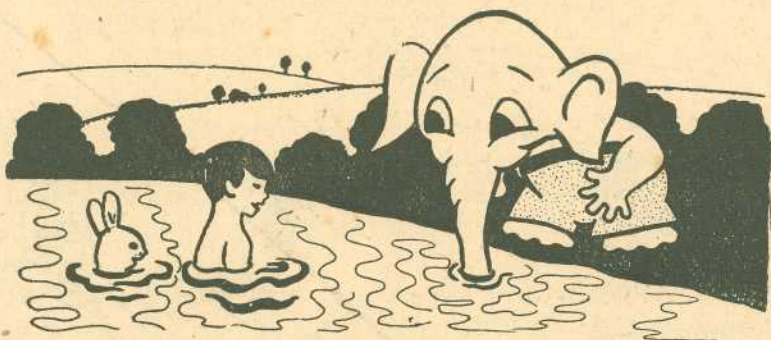
MARIA BENITA Y SIMON BOBITO

TRIQUITRAQUE Y TÍO CONEJO



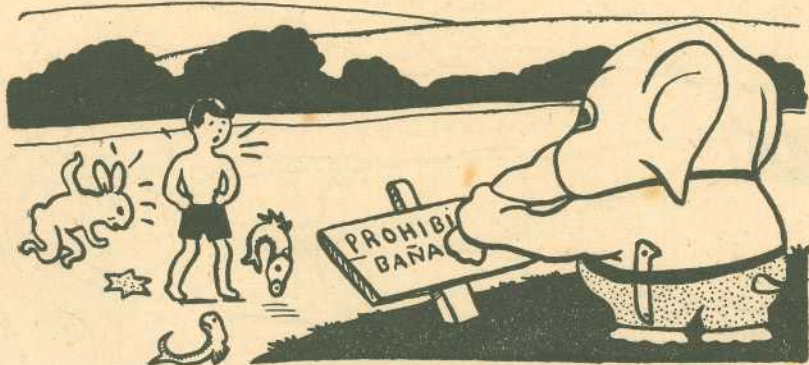
Triquitraque y Tío Conejo
gozaban mucho al nadar,

cuando en eso Tío Elefante
los llegó a importunar.



“Que no se bañen, les dijo:
en esta pila que es mía,

porque si no la seco
y mato vuestra alegría”.



Y Tío Elefante enojado,
del dicho a! hecho pasó

y el agua de aquella
pila con la trompa sacó.